

Al vuelo del Fisirrostro Insectívoro

Surcar el espacio donde está comprendido Toledo es cruzar la Historia de España al completo, casi todo el saber de Occidente y una parte muy importante del arte destilado por todas las Culturas.

Tropezaremos en el azul puro de su techo con el tañir largo de las campanas que aportan al color brillante del cielo, la evidencia de presencias humanas en un paisaje urbano. Su pertenencia a un conjunto donde cada elemento, atmósfera, edificaciones, vegetación, tierra, río y habitantes están concatenados y sujetos en la ecuación cósmica que es Toledo. Desde la impresión del vencejo (las golondrinas ya casi nunca vuelven a Toledo, repudiando a Bécquer) la planta de la ciudad es meramente un accidente cromático en una visión rápida, un conjunto de manchas pardas; azules diluidas en gris plomo, azules apagados en verdes sombríos, azules transparentes bañados de reflejos áureos.

El vencejo no se emociona, él sabe que está viendo tejados de pizarra y plomo, tejas pintadas de musgo, de líquenes, de hongos, de todas las manchas de la paleta del tiempo, cipreses y palmeras rodeados de pilistras en patios y huertos, y sombreados trozos de paredes blancas, astiales, pretilos encajados de muretes humildes y a veces salpicando el "Terraño", la ropa tendida al sol.

El vencejo en su arco de espacio y aire no conoce las claves de los orígenes de Toledo; especulados, míticos y, porqué no, verdaderamente mágicos: TUBAL hijo de JAFET, TAGO, HERCULES egipcio, o los judíos de la época de Nabucodonosor.

Desde el aire los ocres diluidos, los ocres rosáceos, los ocres verdosos, los ocres de ORO. Son las tapias revocadas y pintadas, la gama semiseca, las micras en los Gneis toledanos destellando en oro mitológico, que desaparece cuando estás a punto de alcanzarlo, pero que a veces te conduce a un granate semiesfoliado, prisionero junto al feldespatito en un muro callejero.

Ninguno de los ocres le dicen al ave migrador dónde estuvo la silla episcopal de San Eugenio, ni dónde el pretor Daciano creó la primera mártir de Toledo, Santa Leocadia, que ya era testigo del enriquecimiento de esta ciudad, de murallas mejoradas y arrebatadas a Celtíberos, Vectores y Vacecos por Fulvio Nobilior.

El vencejo no lee en los colores los estigmas del siglo I, pero sí sabe que está amaneciendo en Toledo. Todos los rosáceos tonos de los blancos y grises están denunciando el cercano llegar de la luz naciente. La Gran Masa del Cerro del Bu y la Piedra del Rey Moro, se tornan en luchas de oro con gris, dentro de la duda de las brumas mañaneras del Tajo. Niebla que ya encontraron los Godos, en la cual meclaron su raza aria con prin-

cipios de individualismo, igualdad y respeto a la mujer. Cristianizados y legislados entre concilios, levantaron bellos edificios visigóticos: Santa Leocadia, San Pedro, la Basílica de San Ginés. Pusieron cerrojos y cerraduras al Palacio de las 24 llaves y sus nombres a las coronas del palacio de los reyes. Hasta que su último rey, Rodrigo, sucumbió presa de la curiosidad.

Parado en un saliente, resto del acueducto de mayor tamaño de la Hispania romana, el vencejo bien puede escuchar esta Historia: *Contaba ABDALA BEN VAHAB (muerto en el 813) que le escuchó a ALAITS BEN CAAD (muerto en el 791), que MUZA BEN NOSEIR, cuando conquistó ANDALUS, llegó a Toledo y encontró el palacio de los reyes con veinticuatro coronas, una por cada rey que gobernó la ciudad, con su nombre y fecha. La mesa de Salomón, hijo de David, y otro edificio con veinticuatro cerrojos, uno a uno puesto por cada rey, por legado de su antecesor; así hasta Rodrigo, que despreciando la opinión de su corte, e incluso grandes dádivas de oro y joyas, por no abrir la casa, y añadir, como estaba estipulado por la tradición, otro cerrojo más. Preso de una curiosidad sin límites, quitó uno a uno los cierres, hasta que llegó a un arca que una vez abierta, le mostró a Rodrigo las figuras de guerreros armados y ataviados como árabes. Y una leyenda que aseveraba ¡Que cuando fuera abierta aquella caja, aquellos guerreros invadirían su reino! Tal y como ocurrió.*

Pero ya atardece, es la hora desenfadada de surcar los cielos de calles, de plazuelas y cuenca abierta del río, cazando y engullendo los insectos volanderos nacidos en las riberas del Tajo, herederos de las Eglogas de Garcilaso. Alimento y combustible de vuelo de esas flechas curvilíneas que acompañan su volar sonoro con los fragmentos del pasado, que van saliendo de los pardos rojizos del ocaso. Almamum generoso en su hospitalidad con Alfonso VI. Respeto de Alfonso VI hasta su muerte, cerco y conquista de Toledo 1085. Juicio de Dios en Zocodover, el misal mozárabe no arde, pero Alfonso VI impone el rito romano, el pueblo clama **"Allá van leyes donde quieren reyes"**. Fernando III el Santo pone la primera piedra de la Catedral, e instituye la Santa Hermandad Vieja para poblar los Montes de Toledo. Su hijo el sabio Alfonso X, responsable de la Escuela de Traductores Toledanos, padre de la jurisprudencia, con el Código de las siete Partidas, y autor de Cantigas, es una llamarada en pleno siglo XIII.

Retazos de la historia, prendidos en el rojo Seminario del atardecer, en los calientes tonos de fuego de la Catedral y del octógono de San Marcos. Oro viejo con cobrizos que van siendo devorados, como siempre, por grises, rosáceos, ocres,